

La espuma de los días

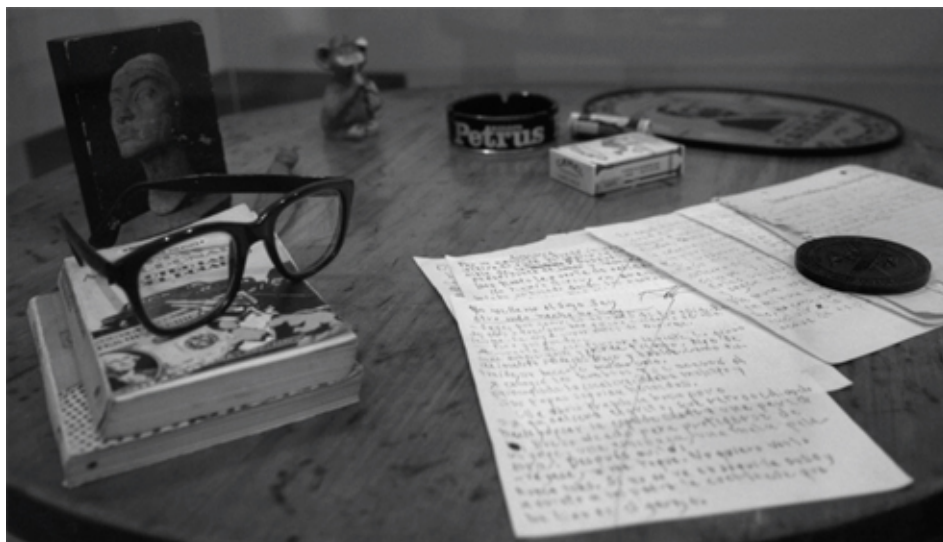
Paisaje en una mesa de escritor

José de la Colina

En la foto hay, sobre una redonda mesa de madera, nueve o diez objetos: la estatuilla burlesca de un mono (¿gramático?), un cenicero negro con la marca blanca de algún producto llamado Petrus, una cajetilla de cigarrillos Camel, una bandeja para copas como las de los bares, un cilíndrico recipiente de aspirinas o de pastillas quizá contra el insomnio (¿o quizá contra el sueño?), unas cuartillas manuscritas, un herrumbroso medallón o una galleta de chocolate, y dos libros en los que se posa un par de gafas como un gran insecto inquisitivo; y aunque no hay una estilográfica, un bolígrafo o un lápiz, se sabe que ante esa mesa hubo un escritor.

Es el último escritorio de un novelista nacido en Montevideo el primero de julio de 1909, muerto en Madrid el 30 de mayo de 1994, y autor de por lo menos cinco libros fundamentales de la narrativa hispanoamericana moderna: *Para esta noche* (1943), *La vida breve* (1950), *Los adioses* (1954), *El astillero* (1961) y *Junta cadáveres* (1964).

Se diría que el escritor de una prosa tensamente narrativa y un lirismo como entre líneas —el novelista de los desambiguados, de los seres grises, de los personajes angustiados, los desesperanzados, los seres que llevan una existencia monótona y frecuentemente noctámbula en trabajos anodinos y proyectos inútiles o sin solución y paralelamente se crean, sin creérsela, una vida imaginaria, novelesca, compensatoria pero rara vez gozosa—, habría abandonado en esa mesa de su modesto apartamento madrileño esas cuartillas (que no se acierta a distinguir si son las de un relato inacabado, o las de una carta a un editor, o el borrador de un artículo para el periódico español *El País*) para, exilián-



dose de su país natal, y hasta de las calles y cafés del exilio madrileño, refugiarse en el lecho del que pocas veces se levantaría durante los cinco o seis últimos años de su vida y que era como su elegida patria: el lecho pronto legendario en el que también escribía a veces, en el que bebía *whisky* y desde el cual recibía a los tenaces amigos y algún entrevistador resignado a las respuestas coléricas y/o brumosas.

Veo esa foto y pienso que décadas atrás, sentado a una mesa redonda como esa, pero la de un café montevidiano de los primeros años cuarenta, y fumando cigarrillos que desde luego no serían de la distinguida marca Camel, un Juan Carlos Onetti treintañero escribía la cuarta de sus novelas, que fue la primera que años después, en los cincuenta, yo, veinteañero, leería en dos tensas noches en que me cautivaron el sostenido *suspense* y el soterrado lirismo de una intrincada acción que, a través de la claroscuro escritura, fluía morosa o precipitadamente entre dos orillas: una, la de la novela policiaca a lo Dashiell Hammett o a lo Raymond Chandler, y, la otra, la de la novela existencialista a lo Sartre o Camus. *Para esta noche* anunciaba sinópticamente su argumento en la misma por-

tada de la primera edición (Poseidón, Buenos Aires, 1943): “Historia nocturna de un hombre que busca escapar a la muerte, suelto y prisionero dentro de una ciudad sitiada” (una ciudad febril pesadilla con algo de Montevideo o Buenos Aires tras un golpe militar y también algo de Madrid o Barcelona en los primeros días de la victoria franquista). *Para esta noche* fue mi iniciación de onettiano fervoroso que pronto debió limitarse a releer ese libro hasta que sólo a finales de los años cincuenta encontraría los otros en los que Onetti volcaba esa desesperanza de la vida que paradójicamente adquiriría una suerte de exaltación narrativa y lírica cuya frase emblemática sería la frase quizá tomada a su principal maestro elegido, no otro que William Faulkner: “La vida tiene imaginación y fuerza suficientes para inventar e imponer infiernos privados y efímeros paraísos subjetivos”.

Y se quisiera que Onetti, erigiéndose en fantasma vivo, viniera a sentarse ante esa mesa de apasionado de la escritura y continuase escribiendo al dictado de un lineal pero ondulante y melancólico y tenue solo de Miles Davis, el trompetista acaso preferido de un escritor devoto del jazz. **U**